

Me quedo.

Era martes 5 de agosto de 2008, en Tuluá-Colombia, corazón del Valle. Hacía las 12 del medio día se sentía el calor y sequedad que es habitual en esta ciudad de planicies y paisajes de horizontes montañosos, volvíamos de mi primer ensayo con la banda de la academia musical “Talento Humano” que para ese entonces dictaba sus clases desde una casa en el barrio Alvernia, donde tras varios meses de estudio ya podía sentarme entre los maestros de trompetas, trombones, saxofones y clarinetes para tocar unas pocas notas desde mi saxofón alto. Yo no era Saxo I, ni II, mi participación se limitaba a algunos pocos compases de notas largas y silencios, pero él lo hacía significativo, para él era importante que yo tocará ese instrumento y esa era nuestra unión tangible e intangible.

Tras terminar el ensayo el camino a casa transcurrió sin ningún contratiempo, vivamos en el barrio las Nieves, que figuraba recientemente en la historia de Tuluá, a nuestra casa la rodeaban en su gran mayoría lotes vacíos y un calor abrazador, tardamos unos 20 minutos en llegar. Él había construido una casa en la que vivíamos, con mi hermano y mi mamá en el primer piso, y en el segundo había 3 apartaestudios arrendados. En uno de esos vivía Antonio, un señor de unos 60 años colombiano, que había llegado hacia poco de España donde estuvo unos años con su familia y había decidido venirse de nuevo para Colombia, nunca tuve muchos detalles de sus razones para regresar, pero Antonio era inquilino y amigo de la familia y ese día después del ensayo nos acompañó a un restaurante que era un lugar recurrente para la familia, este era sencillo, situado a la salida de la ciudad hacia Zarzal, que por quedar sobre la carretera era frecuentado sobre todo por camioneros o viajeros que hacían escala para calmar el hambre, ahí solo existía un menú todos los días: plato de zancocho, pollo guisado y arroz. Era una comida nada pretenciosa pero de muy buen sabor y servida en medida generosa. En la mesa durante el almuerzo nos reímos recordando anécdotas de él, porque él era el alma de la fiesta, tenía muchas historias por contar, cuando terminamos el almuerzo y nos regresamos para la casa sería eso de las dos de la tarde.

Cuando llegamos de almorzar fuimos al cuarto de mis papás, donde estaba la cuna de mi hermanito que para ese entonces tenía 3 años. Pusimos las noticias, dialogamos un rato y él mencionó lo orgulloso que se sentía de mi participación en la banda de la academia, ya había una fecha estipulada para una presentación con la banda el 20 de agosto, debutaría no solo

en el saxofón, sino también como cantante, que era otra de las facetas que desarrollaba en la academia, sentí emoción por la agenda musical que se avecinaba. Mientras veíamos televisión, él recibió una llamada, por lo que escuche era en búsqueda de la orquesta del que era director “Tropical Swin” un proyecto en el que él se había embarcado hacía dos años, lo que llevábamos viviendo en Tuluá. Cuando colgó nos comentó que debía reunirse a las afueras de la ciudad en las pesqueras para negociar el toque de la orquesta en las ferias de un corregimiento hacia el norte del Valle, después se levantó y desde el primer piso a través del traga luz llamó a Antonio para que lo acompañara. Él era de esas personas que disfrutaba de la compañía, era muy querido por sus amistades; Antonio nuestro inquilino, vecino y amigo, acepto acompañarlo sin ningún reparo, yo también quería ir así que le pregunte y me dijo que me vistiera rápido; entonces me fui para el cuarto y me puse unos jeans bota tubo, una blusa negra y los converse que no me quitaba y eran más color mugre que el tono original. En 5 minutos estuvimos listos, él se despidió de mi mamá y mi hermanito mientras yo corrí abrir la puerta del garaje para sacar el carro, afuera ya estaba Antonio a la espera, él sacó el carro y yo cerré la persiana del garaje, con el carro afuera me dispuse abrir la puerta para ingresar, pero él se bajó, puso su mano en la puerta trasera de la izquierda, por donde iba a subir y me dijo que no quería que fuera a quedarme todo el rato en el carro mientras él hablaba de la presentación, para mí eso no era problema pero tras mencionarlo, cerré la puerta y le pedí la bendición, me despedí de Antonio que ya se había subido y estaba en el asiento de copiloto. Él antes de irse me recordó el compromiso musical del 20 de agosto y me dijo que debía quedarme a estudiar la canción que interpretaría, que él no tardaba, que cuando volviera me escucharía y mejoraríamos los detalles juntos; me retire hacia la puerta de la casa y le toqué a mi mamá mientras veía como el carro daba vuelta en la esquina. Cuando entré mi mamá me preguntó qué había pasado, le comente y seguí para mi habitación dispuesta a estudiar la canción, prendí mi computador me puse los audífonos y escribí la letra pausando después de cada frase, porque es la forma más rápida que tengo para aprenderme una canción, taradeando sobre la pista se pasaron unos 40 minutos.

Ya eran casi las cuatro de la tarde, cuando escuché un grito que traspasó el volumen de mis auriculares, no quería quitármelos, me sentí fría y nerviosa de repente, la gente comenta como un presentimiento puede apoderarse del estado habitual del cuerpo y hacerlo sucumbir en la noción de temor hacia una negra premonición y eso me pasó, me sentí liviana y mínima, por

un momento el tiempo parecía no transcurrir, al fondo la voz desgarrada de mi madre, se lamentaba, pero a ese punto no entendía bien lo que sucedía, la música no me dejaba digerir detalles, así que apague el computador y me quite lentamente los auriculares mientras ella seguía en la desesperante llamada, salí hacia la sala y le grite preguntando qué pasaba, sin mucho preámbulo me dijo que lo habían matado.

Lo mataron a él, un hombre de 43 años, que venía de una familia numerosa de 14 hermanos marcada por la vena musical, él que había tenido 5 hijos, entre los cuales habían 4 mujeres y un niño, las dos primeras de un matrimonio por la iglesia cuando solo tenía 18 años, la tercera con un amor ocasional a los 25 y a los 30 los frutos de su unión más duradera, yo, la única de sus hijos que vio llegar al mundo en la sala de parto y mi hermano que era el varón quien después de esperar cuatro alumbramientos podía dar continuidad a su apellido. Lo mataron a él, que era el árbol tras el cual resguardarse del día soleado, él que había demarcado un camino, le quitaron la vida a aquella sonrisa que era lo primero que veía al despertar y lo último después de la jornada cotidiana, él tan cotidiano, tan dado por sentado, pero tan indispensable, ya no estaba.

Después de lo ocurrido una naciente llama de rebeldía y odio se gestaban en mí, los días pasaban en una lucha constante contra todo. Recién murió mi papá nos habíamos mudado a Cali, la decisión se tomó tras llamadas y visitas amenazantes por parte de miembros de “Los rastrojos” una banda criminal que acosa el norte de Valle y otros sectores del país, ellos fueron los responsables de la muerte de mi papá, pero no porque la justicia colombiana lo determinara así, lo digo a mi criterio, por las intimidaciones que vivimos ¿Cómo lo sé con tanta seguridad? A mi padre lo asesinaron en la Rotonda de Andalucía-Valle, un pueblo que queda a unos quince minutos de Tuluá si te desplazas en automóvil, él tenía más de 18 impactos de bala, y lo sé, no porque medicina legal nos compartiera sus detalles del “debido proceso investigativo” que desencadena un asesinato, lo sé porque el 6 de agosto día de la velación de mi padre, que se realizó en Cali, ante las amenazas inmediatas, cuando todos se fueron y quedamos mi madre y mis hermanos, yo destape el cofre, lo mire, conté los impactos en su brazo derecho, su pecho y su estómago; lo asesinaron con las llamadas “Miniussi” o “metralleta liviana” que es usada por los “Rastrojos” ¿Cómo lo sé? En el norte del Valle hasta el día de hoy se padece de una racha violenta, que no distingue de hombres, mujeres o niños

y es suscitada por esta banda criminal. Para el periódico más importante de Tuluá “El Tabloide” es habitual titulares y páginas que relatan similares circunstancias a las que murió mi papá, de hecho ese mismo día, el 5 de agosto, además de Antonio y mi papá que fueron asesinados en Andalucía, hacia las 5 de la tarde en la vía Tuluá-Buga otras 3 personas perdieron la vida en hechos aislados, pero eventos semejantes.

Viajamos a Cali porque no quedaba mucha elección, debíamos entregar la casa o emprender la huida, así que vendimos los enseres y comenzamos una vida nueva en la capital del Valle, vivíamos en un apartamento pequeño, mi abuela materna, Esmeralda quien se mudó para apoyarnos en esta nueva etapa, mi hermano menor y mamá, la mujer que había dedicado la mayor parte de su vida a ser ama de casa y no tenía ningún estudio, trabajaba 8 horas diarias en un almacén de pintura al centro de la ciudad, en ella recayó la responsabilidad financiera del hogar. Tras declarar, fuimos acogidos por el plan de “familias en acción” lo que nos catalogaba como “desplazados” una palabra que tardó en tomar significado para mí, yo seguía estudiando, tenía ropa, comida y techo. La masa en general entiende por “desplazado” quien es despojado de todo, de sus tierras y queda completamente vulnerable, yo no tenía a mi papá pero tenía mucho.

En un mes y con apenas 12 años pasé de jugar muñecas a abordar un bus público de lado a lado de la ciudad para ir a estudiar, todo era nuevo, comencé a experimentar libertad, ansiedad y odio. Me convertí en una adolescente incomprendida, fui diagnosticada con anorexia nerviosa, no soportaba vivir con mi mamá, no quería estudiar, me embriagó el sentimiento de injusticia, la vida como la había idealizado se desfiguró completamente ¿Cómo serían mis quince? ¿Y mi graduación de bachillerato? ¿Y la música? Viví los momentos más importantes de mi vida sin mi papá, sin su consejo, su aprobación y su abrazo. En medio de mi duelo entendí que el 5 de agosto de 2008 no solo murió él, una parte de mí también fue baleada brutalmente hasta perder la vida, una parte de mi fue desplazada de la vida que debía tener ¿A quién odiar? No tenía como enfrentar a todo un grupo delincencial, nunca tuve el nombre de un culpable directo. Es un círculo de fuego, era exponerme a un sistema político lleno de corrupción que muy probablemente archivaría esa necesidad de resolver mis interrogantes.

Un día a mis 16 años almorzaba viendo las noticias, que servía como especial habitual el reporte judicial con altas cifras de homicidios en todo el país y escándalos del gobierno. Una noticia resonó para mí sobre las demás, un periodista amenazado había sido asesinado, el comunicador denunciaba modos de operación de grupos subversivos y había sido intimidado en varias ocasiones, en el noticiero realizaron un balance histórico de periodistas que habían sido vulnerados y asesinados desde hace unos 30 años en Colombia por su valiente labor de exponer las problemáticas del país y suena paradójico pero fue como la novena sinfonía de Beethoven en mis oídos, mi decisión no fue inmediata pero ese día el sacrificio de lo que para mí son héroes de la patria removi6 fibras profundas, no estaba en mis proyecciones pero era un camino para resolver esos interrogantes que me carcomían y ser la voz entre tanta impunidad, desde ese día descubrí que podía aportar a mi país como muchos otros lo han hecho y no solo desde el periodismo, mientras más me adentraba en la historia de Colombia descubrí que muchas personas desde muchos sectores, políticos, sociales, religiosos, incluso del entretenimiento le han apostado al cambio, a la visibilización de los delitos y reparación de la víctimas, pero más importante aún, a la detención de este círculo de violencia. Mi vida tomo otro rumbo, estude un técnico en comunicaciones y trabajo para un noticiero, sueño con profesionalizar mi carrera y a este punto de mi vida desde mi oficio podría morir tranquila el día en que mis acciones contribuyan a evitar que otro niño en mi país pierda un miembro de su familia, o se vea obligado a abandonar su hogar por la violencia, hay mucho por sanar y debemos comenzar a construir, me llena de felicidad hacer parte de la generación que presencie una Colombia en Paz.

Me gusta pensar que para estos tiempos los colombianos formamos parte de un ejército de pensadores y educadores que inician el fin de una guerra que estancó el país por más de 4 décadas, nuestra lucha es que en Colombia se pueda estudiar, progresar y sentir apoyo en la contienda, yo elijo quedarme a escribir lo que sigue de mi historia porque todo lo interesante en la vida se forma del contraste entre el colorido y los grises.

